

La calle para el viernes 17 de octubre de 2008
Diario de un espectador
Ángeles escritor
por miguel ángel granados chapa

Pocos jefes militares en la historia de México tuvieron gusto y habilidad por dejar memorias de sus batallas. La excepción mayor es, probablemente, la del general Álvaro Obregón, autor de Ocho mil kilómetros en campaña, donde quedó claro por qué sus méritos militares le confirieron además poder político creciente, que lo llevó a la Presidencia de la república, donde se hubiera tal vez perpetuado de no oponerse a ello la bala de José León Toral.

También el general hidalguense Felipe Ángeles era capaz de tomar la pluma con habilidad semejante a la que desplegaba para organizar la artillería a su cargo. He aquí una muestra, tomada de la narración sobre la toma de Zacatecas, ocurrida a mediados de 1914, que publica el primer número de Relatos e historias en Mexico:

“Día 23 de junio. Despertamos tarde. Me afeité, me bañé y me cambié de ropa interior: desayunamos, montamos a caballo, yo en mi Curley, brillante y musculoso... Fuimos a ver al general Ceniceros para señalarle su misión en el combate. Él y Gonzalitos tomarían el cerro de la Tierra negra, vecino de La Bufa, bajo el amparo del fuego de las baterías de Saavedra. Raúl Madero tomaría el cerro de Tierra colorada (el de Loreto) bajo el amparo de las baterías de Jurado, al mismo tiempo que atacaran por la derecha las tropas que vendrían con el general Villa...

‘Que vengan los jefes de grupo’, mandé, y al presentarse les reiteré las órdenes para los ataques. No faltaban más que veinte minutos; todos debían estar en sus puestos y empezaría el fuego a las diez en punto.

Por allá, en la dirección de Hacienda nueva, se oyó el primer tiroteo. Ahí venía el general Villa.

Los veinticuatro cañones próximos, emplazados entre Vetagrande y Zacatecas, tronaron: sus proyectiles rasgaron el aire con silbidos de muerte y explotaron unos en el cerro de la Tierra negra y otros en Loreto...Y las tropas de infantería avanzaron sobre el monte de esmeralda que cubría las lomas...

Por el lado de san Antonio, allá por la alta meseta y por la Villa de Guadalupe tronaban también cañones y fusiles y silbaban millares de proyectiles.

De Zacatecas, de El Grillo, de La bufa, del cerro de Clérigos y de todas las posiciones federales detonaban también las armas, intensificando aquel épico concierto. Uno llegó corriendo y nos informó que habían desmontado la primera pieza de la más próxima batería de Saavedra”.

“¡Venga usted a ver, mi general!...!Mire usted a los nuestros, qué cerca están ya del enemigo!. Vea usted, la banderita nuestra es la más adelantada...

Nuestros soldados lanzaron gritos de alegría, las piezas alargaron su tiro y nuestros infantes se lanzaron al ataque precipitadamente. La banderita tricolor flameaba airosa en la posición conquistada. Eran las diez y veinticinco de la mañana...

Era llegado el tiempo de cambiar de posición. Ruego al mayor Cervantes vaya a ordenar que traigan nuestros caballos, para hacer el reconocimiento de Loreto y decidir el camino y nuevo emplazamiento del grupo de baterías de Jurado.

Galopando con mi Estado mayor hacia Loreto, encontramos al señor general Villa y su séquito; aquel venía en su poderoso alazán, requiriendo la artillería para utilizarla en Loreto, ‘Ya viene, mi general’,..

¿Se percataría el enemigo de que en el grupo de jinetes que íbamos marchaba el general Villa? Tal vez, pero por lo menos debe haber adivinado en el encuentro la fusión de dos estados mayores importantes, porque nos siguió con su fuego en todo el trayecto...Las balas pasaban zumbando y se incrustaban en la tierra con un golpe recio y seco.

Todas nuestras tropas de Loreto tiraban sobre la cima de la Sierpe, sin que la ayuda a Servín pareciera eficaz. El general Villa hizo establecer en el ángulo de una casa una ametralladora que abrió su fuego también contra la Sierpe...”